

LA LUZ



QUE MATA

CARTEL 1'10 × 1'50

Metraje total 430 metros.—Virajes: 318 metros



Luego, al notar que la mano del alumno estaba también vendada

L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

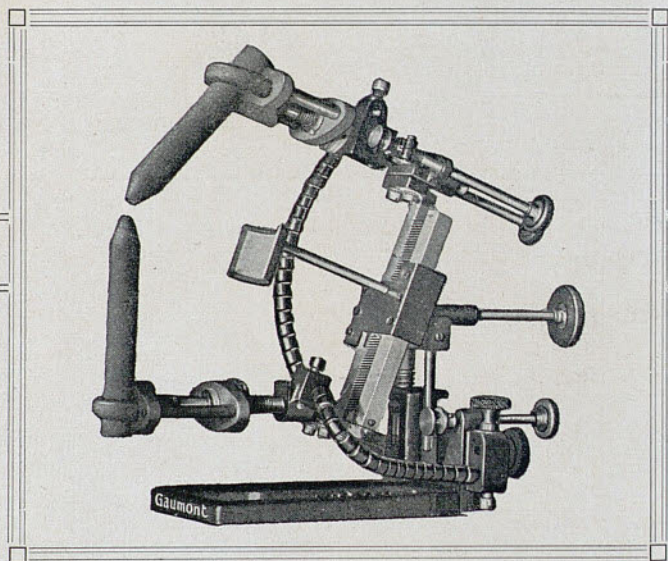
TELÉFONO: 2991

Sucursales:

Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375

BILBAO, Colón Larreátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Para trabajar a 100 ampéres
con corriente alterna
pida el nuevo arco



Gaumont

Variedad del Programa Gaumont n.º 14 D.

Cinematografía en color Gaumont

N.º 4204

PANORÁMICA

PAISAJES OTOÑALES

Largo: 54 m.-Color 52.-Palabra telegráfica: «PAYSATO»

N.º 4210

AMPLIACIÓN

COMEDIA

EL BURLADOR BURLADO

Largo 340 m., Color 278, m.-Palabra telegráfica: «PERRUQUE»

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
		Comedia				
Flirton	4199	Una borrasca	336	295	Cartel.	7
		Dramática				
Limitue	4212	La luz que mata	425	318	Cartel .	11
		Comica				
Onegaire	4207	Don Picorete en el sendero de la guerra	375	285	Cartel	19
		Comedia				
Gourman	4209	El colmo de la glotonería	157	121	Cartel	25
		Dramática				
Gealouxi	4213	Celos	157	130	Cartel.	27
		ACTUALIDADES				
		Gaumont Actualidades N.º 14				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

✻ PROGRAMA 14^D ✻

Cinematografía en color

Gaumont

Panorámica

PAISAJES OTOÑALES



Cuando la naturaleza ha atravesado los meses brillantes del verano y por dondequiera las granjas están repletas de apretadas espigas y las bodegas de púrpúreos racimos, parece que deba producirse una pausa en

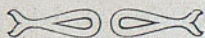
L. Gaumont

esta manifestación exuberante de fuerza y de vida... Siéntese la necesidad del recogimiento y éste nos lo trae el otoño con una disminución progresiva de día, de claridad y de calor...

Presta a la naturaleza el otoño un encanto exquisito. Los senderos alfombrados de hojas secas, dejan de señalar su cinta blanca a través de los llanos; los árboles al desnudarlos el Otoño recortan sus crispadas actitudes sobre el cielo plumizo, y en los dominios de señorío abandonados, con sus fuentes muertas y sus bancos de piedra que el musgo recubre, un placer secreto nos induce a pasearnos solitarios, y a dejar que nuestros pensamientos se armonicen con los tonos delicados y esfumados del paisaje que en nuestro contorno se divisa.

El Otoño no conoce esos tonos ardientes que da a las cosas el sol crudo de Junio y Julio, pero su uniformidad y su suavidad atenuados aún por la bruma comunica siempre a nuestra imaginación ideas vagas de ilusión y desvarío.

PAISAJES DE OTOÑO es una peliculita, cuyo color y fotografía nos acercan a la realidad, y pueden despertar en nosotros esas impresiones fugitivas que nos procuran siempre esta época del año.



L. Gaumont

Cinematografía en color Gaumont

Comedia

EL BURLADOR BURLADO

En el año de gracia de 1780 vivía en un pueblo andaluz el doctor don Antonio Camacho de Ruy-Barbo con su única hija Rosarillo, fresca muchacha de veinte primaveras, cuya donosura y gracia no tenían igual en muchas leguas a la redonda.

Rosarillo como toda mocita que se respeta tenía un novio. Llamábase Pepillo y era del lugar el mozo más garrido y apuesto.

Ahora bien, don Antonio ponía su empeño en casar a su hija con el Marqués de Carcamal, señor de cuna tan rancia como su persona, y como los amoríos de los chicos estorbaba sus ambiciosos planes opúsose con ella a que sus relaciones continuaran.

Aquí de la aflicción y desconsuelo de los novios, que no obstante las amenazas del intransigente padre continuaban viéndose cuando el novio estaba en casa.

Afortunadamente la pizpereta Rafaela, sirvienta de la casa y confidente de su señorita, era moza de grandes recursos. Y pronto delineó un plan de seguro éxito para vencer la obstinación del padre y desembarazarse del vetusto pretendiente.

El doctor acostumbraba a ponerse alternativamente las dos pelucas que poseía. Cuando se tocaba con una, dejaba la otra sobre un molde de peluquero, el cual cubierto con su bata daba a lo lejos la ilusión de una persona sentada.

Ahora bien un día sorprendió el Marqués a la mocita y a su novio en la reja, abstraídos en enternecedor coloquio. En lugar de reír de su desventura y abandonar una partida en la que llevaba él la peor parte, enfadó y previno a don Antonio por una carta de lo que sucedía en su casa instándole a que escondido en alguna parte comprobara su exactitud.

El doctor siguió al pie de la letra los consejos del Marqués. Siempre que salía, volvió a entrar en la casa sigilosamente y se puso en el sitio que ocupaba el molde de peluquero, cubriéndose hasta los ojos con la bata. En este modo estaba persuadido sorprender las escenas de que le hablaba el rencoroso Marqués.

Pero Rafaela, por el ojo de la cerradura, fue testigo de su estruendo.

L. Gaumont

gema. Dió cita en seguida, en la plaza de la Iglesia, a un sargento, novio suyo, soldadote de enhiestos mostachos y de corpachón imponente, y fué allí con su señorita y con Pepillo, que como de costumbre rondaba por los alrededores de la casa.

Así que estuvieron reunidos todos, habló Rafaela.



... una vez sorprendió el marqués a la mocita y a su novio

—Váis a ver mi plan. Tu Rodriguez mío - y al decir esto dirigió al sargento una mirada incendiaria —entrarás en la casa por el mirador, armando ruido y asustando a todo el mundo... y cuando hayas dado un susto morrocotudo a don Antonio, entonces entrará a su vez Pepillo, se portará como un héroe, y aquél en recompensa no tendrá más remedio que darle la mano de la mocita... ¿Estáis?

Todos aprobaron el plan y se dirigieron a la casa, a cuya puerta se separaron. Las dos mujeres entraron en la habitación en donde el maniquí viviente continuaba inmóvil en su puesto, y el sargento Díaz y Pepillo se quedaron bajo las ventanas.

* * *

Todo resultó como había previsto la traviesa Rafaela.

Rosarillo, quietecita, estaba bordando ante su costurero, cuando

L. Gaumont

saltó a la habitación por la ventana la imponente figura del sargento. Tí-tubeando como un borrocho avanzó por la estancia, tiró a su paso algunas sillas, y amenazó con el sable el molde de peluquero que temblaba más de lo que su calidad de objeto inanimado se le permitía... Con voz tonante intimó a Rosarillo, que simulaba un gran terror:

—Ala, alargame todo el dinero que haya en la casa o despanzurro a todos, el gato inclusive.

Rosarillo batallando por contener la hilaridad que tan burlesca escena le causaba, dió al soldadote el cofrecillo de los escudos. En esto saltó por la ventana Pepillo. A pesar de la diferencia de cuerpo, pues al lado del sargento parecía él un muñeco, lo echó a fuera a empellones, no sin antes arrebatarle de las manos el dinero robado.

El doctor Antonio, que había creído morirse de miedo, abandonó, así que hubo desaparecido el bravucón, su incómoda postura. Felicitó, balbuceante, de su heroica conducta a Pepillo y reconocido por su arrojo y decisión le dió en recompensa la mano de su hija.

Y el Marqués, que vino instantes después a preguntar a don Antonio si su estratagema había resultado, salió de la estancia con una ligereza algo forzada, dado su estado latente de gotoso...



y cuando el Marqués vino a preguntarle si la estratagema...



UNA BORRASCA



Comedia

Esta vez fue Manolo el culpable y Susana al enfadarse y tomar la extrema decisión que tomó, le sobraba la razón a carretadas.

Era el caso que su truhán de marido, aunque le adoraba, de ello estaba bien segura, era aficionado más de lo justo a «flirtear» con unas y con otras. Si había que escucharle a él sus «flirts» eran meros pasatiempos sin malicia ni trascendencia alguna, pero aunque así fuera, su condunta era impertinente teniendo una mujercita como la que le había tocado en suerte la lotería del matrimonio.

Una tarde que Manolo se había llegado hasta Montecarlo en bote automóvil, Susana en la terraza de su quinta escrutaba el mar con sus gemelos para observar su vuelta.

De pronto lanzó una exclamación de rabia. En el bote que se acercaba a la costa, gracioso y rápido, veía a su marido acompañado de su amiga Laura, y tan cerca de ella que sus dos cabezas casi se juntaban...

No había la menor duda. Manolo se entregaba a su pasatiempo favorito en sus mismas barbas, si así podía decirse, y con su mejor amiga...!

Avidamente, contraídas sus delicadas facciones, siguió mirando. Y llegó un instante en que sus puños se crisparon y sus dientes rechinaron... Manolo se inclinaba tiernamente sobre Laura... y posaba sus labios en sus áureos cabellos!

Tiró lejos de sí los gemelos, corrió a sus aposentos y escribió:

Caballero: Me engañáis indignamente, no lo neguéis. Lo he visto con los gemelos... Es abominable. Me voy. No me volveréis a ver ya más en la vida... Adiós!

Cerró la carta rabiosamente, puso el sobre y llamó al criado:—Prepara enseguida el automóvil y entrega esto al señorito así que vuelva...

Púsose el velillo, vistió holgado guardapolvos y corrió al patio, en donde el chauffeur aprestaba ya el coche...

Entretanto Manolo desembarcaba con su compañera, y dándole su brazo galantemente se dispuso a entrar con ella en la quinta. Pero un criado le salió al paso, le entregó la carta y anunció que la señorita no volvería a casa hasta la noche.

Pareciéndole a Laura extraña tal partida, y no considerándose muy

L. Gaumont

segura a solas con el incandescente Manolo, rechazó con firmeza su invitación a que pasara adentro a tomar thé y algunas pastas, y volvió a embarcarse, mientras aquel entraba en su casa reflexionando sobre la inopinada ausencia de su mujer. La lectura de la carta que el criado le había entregado momentos antes le explicó la razón de dicha ausencia y tras tornado, como un loco, corrió al patio de donde le llegaba el ronrón característico del motor que se pone en marcha. Fué inútil toda su celeridad; al llegar a él, el automóvil arrancaba y todos sus gritos y súplicas no consiguieron detenerlo.

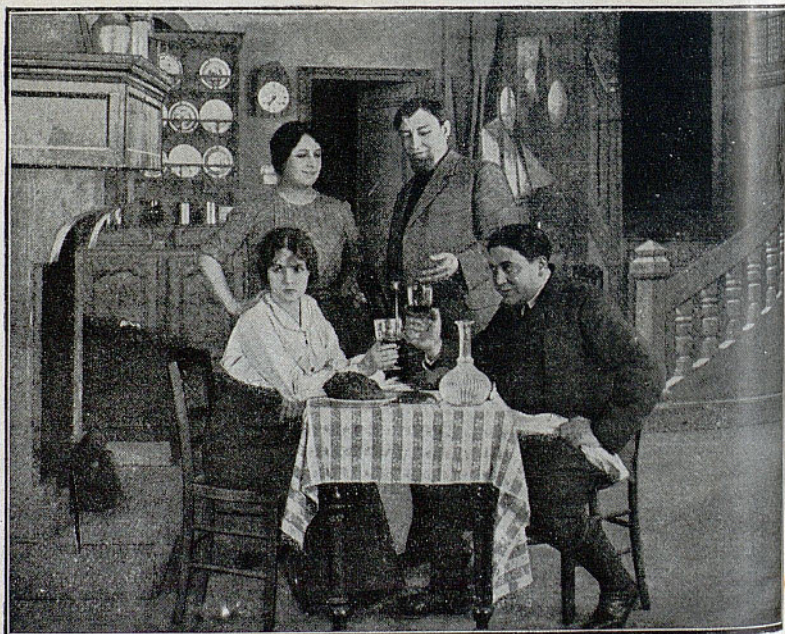
Bravamente, confiando en un milagro o en la falibilidad de los inventos humanos, montó Manolo en bicicleta y se lanzó en seguimiento de la fugitiva.

Realizóse en efecto el tal milagro. El automóvil en donde iba Susana se paró de repente en medio de la carretera y todos los esfuerzos del chauffeur para hacerlo avanzar resultaron estériles.

Y aquí cuaja aquello de «la diferencia que existe entre un automóvil y un cura.—¿Qué no lo saben? pues es muy sencillo. El cura une y el automóvil se para...!»



Manolo, tras muchas fatiguitas y sudores llegó al lugar del suceso



Los huéspedes que adivinaban la borrasca, contemplábanlos..

L. Gaumont

Encontró al chauffeur atareado, hurgando con destornilladores y palanquetas el interior complicado del motor. En cuanto a su mujer había desparecido.

Explicóle el chauffeur que cansada de esperar y molesta por el viento que se iba levantando, había aceptado la invitación de un buen hombre de pescador que la había hallado sentada en el borde del camino, yéndose con él a su casa a calentarse a la vera de un buen fuego.

La casa del pescador hallábase situada más abajo, cerca de la playa. Dirigióse a ella Manolo, llamó a la puerta y fué recibido atentamente por los pescadores que le brindaron en seguida asilo. Vió en efecto allí a su mujercita. Hallábase ésta acurrucada junto al fuego, y al oír sus pasos volvió hacia él su hermoso semblante, tan cargado de enojo y hostilidad que Manolo consideró prudente dejar para más tarde todo intento de aproximación.

Sentáronse todos a la mesa. Susana no desplegó los labios en todo lo que duró la cena y si levantó una vez los ojos del plato fué para envolver en una mirada de infinito desprecio al miserable de su marido.

Los huéspedes, que adivinaban la borrasca, contemplábanlos a hurtadillas, curiosos...

* * *

Afuera la tempestad rugía. El mar antes tan calmoso se retorció ahora fragoroso levantando olas gigantescas, que se lanzaban al asalto de la quebrada costa cual titanes de nevada cimera.

—No pueden ustedes salir con un tiempo semejante—dijo el pescador a los dos esposos.—Alla arriba tenemos una habitación que les vendrá de molde para pasar la noche...

Susana se negó al pronto a guarecerse bajo el mismo techo que su execrado marido, más ante la violencia del viento que tumbaba los árboles y barría los caminos, ante el brutal estampido de los truenos y el zigzaguar deslumbrante de los rayos no tuvo más remedio que bajar quejumbrosa la cabeza y subir con él por la angosta escalerilla de madera que conducía al primer piso.

La habitación era amplia, alhajada probemente aunque con limpieza. Así que se hubo cerrado la puerta y los pasos del pescador se hubieron apagado por completo, acercóse Manolo a su mujer e imploró con patético tono su perdón.

Susana, inflexible, meneó la cabeza con energía. No, aquella vez era la vencida. Había concluído todo. Iría a casa de su madre, lejos del monstruo de su marido que tan indignamente le engañaba.

Manolo, después de insistir algún rato más, acabó por encolerizarse.

—¡Está bien!—exclamó.—¡Si así es vuestro deseo, sea! Aquí tenéis vuestro aposento... aquí tengo yo el mío... ¡Buenas noches!

Dijo y puso entre la cama en donde estaba sentada su mujer y el sillón en el que se apoyaba, un biombo. Hecho lo cual se envolvió en una

L. Gaumont

manta y se repantigó cómodamente en el sillón dispuesto a pasar en él la noche.

Susana agitada y nerviosa, se echó vestida sobre la cama, pero por muchos esfuerzos que hizo no pudo conciliar el sueño. No así su marido que instantes después llenaba la estancia de sonoros ronquidos..



—Tendrá valor ese infame para dormir tan apaciblemente

—¡Cómo!—se dijo ella irritada.—Tendrá valor ese infame para dormir tan apaciblemente, sabiéndome enojada y torturada...?

Levantóse y se acercó sigilosa a él para cerciorarse de aquello que se antojaba una monstruosidad sin precedente. No, no dormía; el truhán fingía, recreándose en su interior de las angustias de su encantadora mujercita.

Ya en este camino la reconciliación no tardó en hacerse, y para sellarla, firmarla y rubricarla se fueron a guarecerse tras el biombo, el cual en su calidad de objeto inanimado se ha guardado muy bien de decirnos en qué forma se llevó a cabo esta formalidad.



La luz que mata

Un héroe de la ciencia

«Sabido es el número incalculable de curas que lleva a cabo el doctor Jordán por medio de la aplicación de ciertas emanaciones luminosas que ha descubierto y bautizado con el nombre de «rayos A». Lo que no es tan sabido es que, poseyendo él únicamente la pericia necesaria para aplicar con éxito este peligroso tratamiento, tan sucesivas manipulaciones han provocado en su mano una úlcera que va royéndola lentamente y que probablemente ocasionará su pérdida. Sacrificando voluntariamente su vida prosigue este heroico artesano de la ciencia sus admirables investigaciones...»

El doctor Jordán era en efecto el héroe que presentaban los periódicos: encarnaba el prototipo del sabio investigador, voluntarioso, tenaz, abstraído por sus estudios, pendiente de sus experimentos y ensayos, consagrándose por entero a la noble misión que se había trazado, que era la de aliviar los padecimientos de sus semejantes.

El mal que le roía apenas le dejaba un instante de reposo, y a veces cuando era demasiado punzante y su valor flaqueaba, salía del laboratorio para distraerse y hacer más soportable la atroz mordedura que le penetraba en la carne, haciéndole padecer torturas sin nombre.

En una velada artística a la que asistió una noche para olvidar en su frívola alegría sus padecimientos, púsole el azar en presencia de la señora de Smithson, una viuda joven y acaudalada.

Esta ilustre dama, en cuyo honor se daba la fiesta reparó en aquel ser singular que paseaba melancólico y como abstraído en profundas reflexiones a través de aquellas salas rutilantes de luces e invadidas por un gentío elegante y bullicioso.

Alguien le contó su historia y admirada y conmovida al mismo

L. Gaumont

tiempo expresó el deseo de que le fuera presentado. Un amigo común llevó a cabo esta presentación, hecho lo cual departieron ambos a solas.

A instancias de la dama, condescendió el doctor a contarle a grandes rasgos la historia de su vida. Explicó en tono sencillo y modesto como con los «rayos A,» que descubrió tras de incesantes esfuerzos, podía atacar el mal en sus raíces, resolver los tumores, matar los cánceres... como en sus experimentos preparatorios fué atacada su mano, pues aquella luz



Expresó a su amigo el deseo de que le fuera presentado...

desagregaba los tejidos vivos que se oponían a su contacto. Entoces fue cuando pudo juzgar más exactamente el valor de su descubrimiento. Estudiando en sí mismo la progresión del mal supo poco a poco dosificar la fuente luminosa y servirla a su voluntad, haciéndola, en una palabra su colaboradora.

La joven se sintió conmovida hasta lo más profundo ante un valor tan reflexivo, tan sencillo; ante una bondad de alma tan infinita... y cuando, al marcharse, se inclinó ante el doctor era algo más que una admiradora suya.

Una gran intimidad unió a aquellos dos seres, uno de los cuales aportaba la aristocracia del corazón y el otro la de la ciencia.

A veces cuando sentía el dolor rasgar sus carnes, y el desaliento invadir su alma, íbase a casa de la señora Smithson, cuya puerta para él estaba siempre abierta. La joven, interpretaba ante él los grandes cantores del dolor humano, Chopín, Beethoven, Berlioz... y durante algunas horas,

L. Gaumont

que se le antojaban muy cortas y fugaces, sentía el doctor que su mal se atenuaba, se apaciguaba...

En cuanto a la señora Smithson, no veía al doctor tal como era, un hombre ya en el otoño de su vida, encorvado bajo el peso de una existencia de estudios y de esfuerzos de titán. Solamente veía del héroe dos ojos grandes y profundos en los que parecía palpitar una lumbre sagrada. Veía en él más que un hombre, casi un semidiós, hacia quien la humanidad doliente dirigía miradas llenas de ansiedad y de esperanza. Y su corazón, conquistado, se daba entero a aquel hombre a quien amaba con todas las fuerzas de su alma y de su cerebro.

Entretanto el mal progresaba cada día más. El trabajo que era para él un refugio, se le hacía imposible. A su mal físico se había añadido una inquietud nueva. En todo momento, fuera trabajando, o pensando aparecíasele la imagen radiante de Margarita Smithson ya cuando sonriente le acogía, ya cuando pensativa pulsaba con ágiles dedos las cuerdas de su arpa. Entonces, calenturiento sintiendo en su cuerpo las punzadas del dolor y en su pecho el germinar violento de su pasión, iba aquel vencido a olvidar sus quebrantos en la serena majestad de la noche...



Un día que el doctor, más atormentado que nunca, pensaba en la mujer amada, recibió de ella la carta siguiente.

Ya ha hecho U. bastante por la ciencia y por su enfermos: Ahora ha llegado a usted su turno; cúrese y que otros prosigan su obra. Tiene usted derecho a la vida, a la felicidad. Desde hace seis meses que nos conocemos, ni uno ni otro podemos ignorar nuestros sentimientos recíprocos. Unamos nuestras vidas, seamos dichosos! Partamos sin tardar hacia los hermosos países asoleados, de azulino cielo. Y cuando al principio del verano que viene volvamos, solo subsistirá de su mal el recuerdo.

La alegría más pura henchió el corazón del sabio, y acalló su conciencia. No resistiría más. Su alumno favorito proseguiría su obra. Era trabajador, concienzudo y bajo la dirección del maestro podría llegar pronto a obtener satisfactorios resultados.

Esta seguridad que se dió a sí mismo colmó sus últimos escrúpulos. Respondió:

Sí, amada Margarita, mañana por la mañana confiaré a uno de mis alumnos la prosecución de mis trabajos. Y pasaré a verla por la tarde: hablaremos de nuestro matrimonio, de nuestra salida... quiero vivir, quiero ser dichoso.

L. Gaumont

* * *

La Sra. Smithson, al recibir esta carta experimentó la mayor alegría de su vida. Su sueño tanto tiempo acariciado se realizaba...

Sin embargo las horas pasaban y el Doctor no venía. No pudiendo



Un día que el doctor más atormentado que nunca...

reprimir más tiempo su impaciencia, y presintiendo vagamente una desgracia, hízose conducir al domicilio del Doctor, no sin dar antes a sus criados las órdenes necesarias para que tuvieran todo preparado para un viaje inmediato.

L. Gaumont

El Doctor antes de salir al encuentro de aquella a quien amaba, llamó a su presencia a su alumno favorito, y le notificó su resolución. El joven, estupefacto, no pudiendo dar crédito a lo que escuchaba, negóse a aceptar tal responsabilidad, alegando que era aquella tarea muy superior a sus fuerzas. El Doctor Jordán sabía cuanta razón tenía aquel hombre, pero su corazón hablaba en aquel instante más alto que su conciencia y como justamente llegaba en aquel momento la señora de Smithson, con su presencia recobró su voluntad, que sentía flaquear ante los reproches de su alumno, y mantuvo firmemente su decisión.

La joven, dichosa, iba a llevarse al doctor, cuando el criado entró y puso en las manos de éste una carta. La letra del sobre era temblorosa, torpe:

Soy una pobre obrera—leyó el Doctor.—Mi pequeño está condenado por los médicos. Me han dicho que solamente usted puede salvarlo... por favor, apiádesese de mí.

El criado introdujo a una desdichada mujer que llevaba por la mano a un chicuelo enflaquecido con la cabeza envuelta.

—He aquí su primer enfermo—dijo Jordán a su alumno.

—No...—gritó la madre.—No! Usted solamente, no su alumno... Usted solamente podrá curarlo! Se lo suplico de rodillas...

En el alma del Doctor trabóse cruento combate. Ante él, terrible, imperioso, se erigía el Deber... a lo lejos vislumbraba la felicidad. Abajo, en el país del sol, era el amor de aquella mujer, la alegría del vivir, la salud recobrada... Allí, en su laboratorio, el deber que continuaba, el deber al cual había prometido consagrar su vida...

Inclinóse sobre el niño tembloroso, lo tranquilizó con dulces palabras y deshizo la venda...

Jordán había comprendido que cada uno tenía su misión, y la suya era demasiado alta, demasiado noble y pura para apartarse de ella.

La Sra. de Smithson, se fué desolada. El procedió meticoloso, ya recobrado el ánimo, a la cura, y cuando ésta hubo dado fin, condujo al niño al lado de su madre y dijo a ésta:

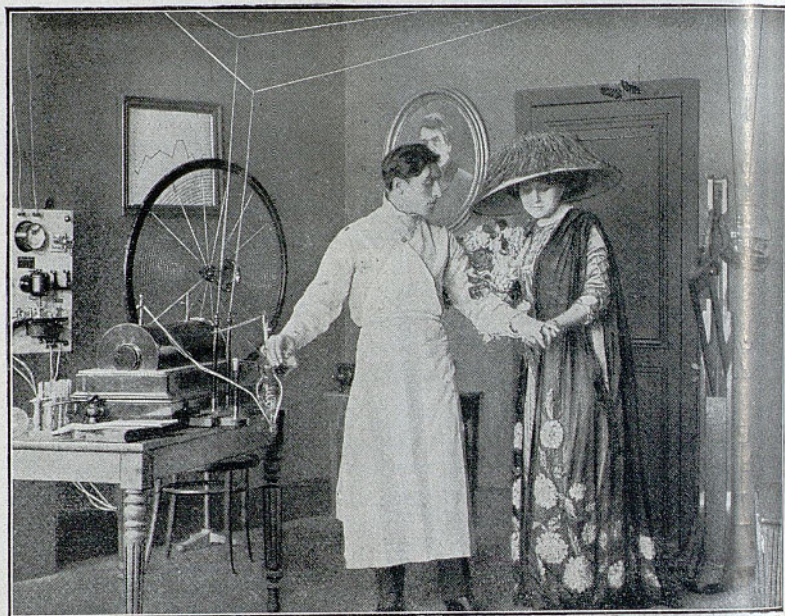
—Vuelva todos los días... Yo curaré a su hijo...

Y en aquel laboratorio, de donde no se movería ya más, escribió a la Sra. Smithson:

Perdóneme si no le vuelvo a ver ya más. En su presencia, flaquearía... Y una flaqueza sería una traición que nunca me donaría a mí mismo. Váyase sola, Margarita. Cuando a comienzos

L. Gaumont

del verano próximo vuelva, no deje de depositar algunas rosas sobre mi tumba o en los lugares donde haya vivido... Que no se borre por completo mi recuerdo de la memoria de aquellos que me hayan querido un poco... Esta será mi mayor recompensa!—L. Jordán.



Luego al notar que la mano del alumno estaba también vendada...

* * *

El mal siguió su implacable camino. El doctor agoniza...

Hasta su cama se abre camino, a través de las personas que con el corazón oprimido asisten a la muerte del sabio, una mujer que lleva de la mano a un niño. Es éste el enfermito que Jordán salvó de la muerte. Al llegar al borde de la cama se arrodilla y posa junto a la mano del moribundo un humilde ramo de flores...

Jordán puede ver este supremo homenaje de un alma sencilla. Algo como una sonrisa ilumina su rostro... Luego éste deja de moverse y sus ojos quedan fijos. ¡El Doctor Jordán ha dejado de existir!

A comienzos del verano siguiente la Sra. Smithson de vuelta a Francia quiso volver a visitar aquel laboratorio en donde la ciencia y el cumplimiento del deber y de la abnegación triunfaron de su amor.

L. Gaumont

Con las manos cargadas de olorosas rosas presentóse al alumno preferido del maestro, el cual la condujo hasta aquella estancia en donde la imagen del sabio desaparecido parecía presidir los trabajos que en ella se efectuaban.

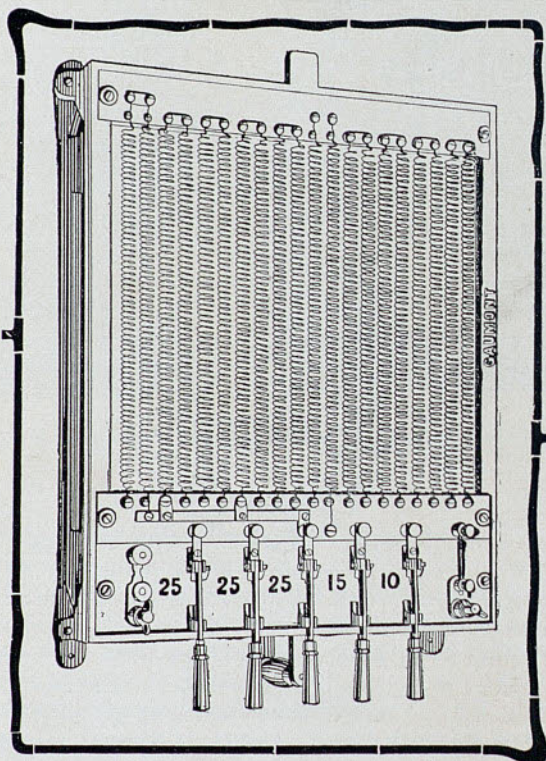
La Señora Smithson, conmovida profundamente, depositó las flores bajo el retrato del héroe. Luego al notar que la mano del alumno estaba también vendada, le interrogó con los ojos:

—Era yo el alumno favorito del maestro—dijo aquél sencillamente contestando a su muda pregunta.—Es preciso que continúe su obra...

Y la joven se fué, penetrada de tristeza, dolorida, uniendo en su admiración al hombre desaparecido y al héroe que, estoico, seguía sus huellas.



Para trabajar a 100
amperes pídase nues-
tra nueva resistencia
tipo C. 110 volts.



Resistencia tipo C 110 volts 100 amperes

Por su disposición especial esta resistencia puede colo-
carse al exterior de las cabinas de proyección.



DON PICORETE
en el sendero de la guerra



Cómica

Don Picorete explotaba a la sazón una Fábrica de Petardos, Cohetes, Triquitraques y otros artículos de sano recreo y útil esparcimiento.

Su negocio prosperaba visiblemente. Nihilistas distinguidos, terroristas de viso y harkas renombradas se surtían en su casa de todo el arsenal necesario para la propagación y difusión de sus sanas doctrinas y ello aseguraba a nuestro héroe un comercio seguido y de grandes rendimientos.

La fama de su establecimiento pasó los mares y llegó a América. De este país recibió, en efecto, cierto día la proposición siguiente:

Don Picorete. Europa.

¿Podría usted venir a mi hacienda para encargarse de la parte pirotécnica de unos festejos que han de celebrarse con motivo de la boda de mi sobrina Doña Zoe de Ordago con el célebre domador de caracoles salvajes Pancho Colatez de Vanilha?

Urge respuesta. — Prudencio Gal y Matías.

América. Hacienda de «Los Guanajitos».

Don Picorete contestó afirmativamente, por el correo sin sellos, invención que deja muy atrás la de Marconi, empaquetó a renglón seguido lo más brillante y ruidoso de su repertorio y veinte días después, ni uno más ni uno menos, llamaba a la puerta de la hacienda de «Los Guanajitos» situada exactamente entre Veracruz y San Francisco.

Don Prudencio y su sobrina Doña Zoe le recibieron con suma cortesía. Particularmente esta última, a quien sedujo desde los primeros instantes su noble continente y su apolino rostro. En cuanto al domador de caracoles silvestres, barruntando en D. Picorete un rival temible, negóse a estrechar la mano que sonriente le tendiera, murmurando entre dientes que de ello se podría encargarse mejor una prensa hidráulica...

Luego, como advirtiera que D. Picorete se mostraba sensible en exceso a los hechizos de su novia, acercóse a él y le mostró una navaja de desmesuradas proporciones, diciéndole que de no deponer su actitud sobornadora le abriría con aquella herramienta un ojal entre la barbilla y el occipucio, que daría al traste para siempre con su apolina belleza y sus ansias conquistadoras.

Don Picorete se estremeció. Pero su amor pudo más que el miedo y aquella misma noche aprovechando la ausencia de Pancho y de D. Pru-

L. Gaumont

dencio (éste se había ido al poblado vecino a comprar latas de azahar en conserva para la boda) pintó a Doña Zoe, sojuzgada, su pasión vehemente y avasalladora.

No recelaba el desdichado que en la sombra dos ojos le espiaban, dos ojos que animaban siniestros y diabólicos fulgores.

Calificaremos de ruin analfabeto al lector que no haya adivinado que



y le mostró una navaja de desmesuradas proporciones

estos dos ojos que atravesaban las tinieblas como flechas envenenadas pertenecían por derecho propio a Pancho, el famoso domador de caracoles.

Tras unas matas, de acecho como un tigre, presenció en efecto la idílica escena. Más como su miedo igualaba a su rencor, y éste era muy grande, se guardó de intervenir y de tomar venganza por su mano. De ella se encargaría su amigo, "El Zoófito del Desierto" jefe temido y respetado de los "Piés Glaucos" con un módico estipendio. Salió cauteloso de la hacienda y se dirigió a la tribu de pieles rojas que acampaba no muy lejos.

"El Zoófito del Desierto" examinó gravemente la cuestión: halló motivada su sed de venganza y comprometióse a apagarla mediante la entrega en metálico de dos piastras, un chelín y tres maravedises.

L. Gaumont

Pancho Colatez aceptó. Entregó al piel roja la cantidad exigida y recibió de éste en descargo de la misma el recibo siguiente:



y aquella misma noche aprovechando la ausencia de Pancho...

TRIBU DE LOS PIES GLAUCOS

Escalpamientos a domicilio
Raptos. Violencias e Incendios
a Precios Convencionales

He recibido de Don Pancho Colatez la suma de dos piastras, un chelin y tres maravedises por rapto inmediato de su novia D.^a Zoe y escalpamiento liso y llano, sin schampoing, de Don Picorete.

"El Zoófito del Desierto".

* * *

Don Picorete y Doña Zoe, en una habitación de la hacienda, platicaban, tiernamente enlazados, de su amor infinito, cuando un gran vocerío sacóles de su celeste abstracción. Asomóse lijero D. Picorete a una de las ventanas y recibió por vía de advertencia siete u ocho flechas, sin duda emponzoñadas, que se repartieron graciosamente por su rostro y cuero cabelludo.

L. Gaumont

—¡Estas serán flechas memorables de la historia de mi vida!— exclamó estoicamente nuestro héroe, y sin demostrar una emoción excesiva se las fué arrancando una a una como si se tratasen de hojas de un calendario. Hecho lo cual atrancó las puertas y ventanas, se armó de decisión, ya que ninguna otra arma poseía, y se dispuso a vender cara su vida.

El sitio que sostuvo fué digno de ser cantado por Homero, o por otro tenor de su misma jaez. A su lado, el de Troya fué un mero pasatiempo.

Pero el número y las armas acabaron por vencer su heroica resistencia y tuvo que pasar por el amargo trance de que uno de aquellos bárbaros le desposeyera, con cuatro cortes bien dados, de su abundosa y bella cabellera, que pasó a ser ornamento de su escudo.

Y no fué eso todo. Al enojo legítimo de aquel a quien toman el pelo de modo tan infuico agregóse el dolor infinito de ver que le arrebataban ante sus propios ojos, a su amada Doña Zoe.

—¡Zoe, Zoe! gritó desatinado Zoe de mi alma. ¡Qué desgraciado Zoe!

Pero su dolor no domeñó su energía: muy al contrario, la centuplicó. Bajó a la cuadra, escogió de entre los caballos el que le parecía más corredor, improvisó con su tirantes un bocado y unas riendas y se lanzó, así pertrechado, en seguimiento de los pieles rojas.

* * *

Pero la fatalidad que decididamente guiaba aquel día los pasos de D. Picorete hizole caer en medio de la tribu de los "Piés Glaucos" que eran a más de unos salvajes de instintos sanguinarios, unos caníbales de marca mayor. El primer cocinero de la tribu se apoderó de su persona y en un abrir y cerrar de ojos vióse en el asador, sobre un fuego alegre y chisporroteante.

—Nunca me hubiera figurado— reflexionó tristemente— que acabaría desempeñando el modesto papel de biftec, rodeado de tiernas patatas y coronado de inocente perejil! ¡Nunca!

Cerró los ojos, resignado, y esperó la muerte por cocción.

Pero tuvo la suerte de que su carne fuera calificada por el Jefe, de correosa e incomedible, y de que él mismo encontrara en sus bolsillos una tarjeta de visita del tenor siguiente:

Don Picorete
Fuegos Artificiales
Especialidad para Fiestas Nihilistas, Públicas y Privadas
Se construyen petardos mortales
de necesidad para Bautizos, Juegos Florales
y otras Fiestas Cívicas

Mandó que lo quitaran del asador.

—Te devuelvo la libertad—le dijo.—pero bajo la condición de que organices con tus fuegos artificiales una fiesta íntima. Quiero celebrar el aniversario de mi 37ª esposa, que devoré hace precisamente quince meses, y tres días en un arrebató de cariño.

L. Gaumont

Y el bárbaro al decir esto se sobó cariñosamente el vientre-mausoleo. Don Picorete aceptó, transportado. Hízose traer las cajas de fuegos artificiales, cargó éstos de picrita y levantó en un instante ante la tienda del jefe un complicado castillo.

Luego, mientras los salvajes, embobados, admiraban su obra, corrió



Te devuelvo la libertad, —le dijo,—pero bajo la condición...

a librar a Doña Zoe de sus ataduras, la puso en lugar seguro, y volvió a la tienda del jefe a prender fuego a la mecha.

El espectáculo fué de esos que no se olvidan. La tribu saltó en el aire, y si los pieles rojas hubiesen vuelto de su viaje aéreo, intactos, y no desarticulados y reducidos a fragmentos inverosímiles, como un Puzzle desbaratado, de seguro que piden una segunda edición de la fiesta.

CONCLUSIÓN

Doña Zoe se casó con D. Picorete y con su acertada colaboración echó a la circulación pública en un plazo brevísimo a un número incalculable de seres racionales, viables y bien constituidos.

En cuanto a Pancho Colatez dícenos que murió de una cornada que un caracol hidrófobo le infirió en la región sacra, región inculta y deshabitada sin duda alguna, pues no la hemos hallado en ningún Atlas Geográfico.



El colmo de la glotonería



Comedia

Don Homobono Churretillo, ex-oficial de carpintero y fabricante, en la actualidad, de plumas stilográficas para sombreros de señoras, era asiduo comensal de los Besuguillo, una familia amiga que a falta de dotes excepcionales poseía una maravillosa cocinera. Un Concurso Culinario había proclamado la excelstitud de su arte, y en fe de ello mostró un día a nuestro héroe, que le felicitó en nombre de su estómago agradecido, el Diploma siguiente:

GRAN CONCURSO CULINARIO

organizado por las ligas

PRO CULINA y PRO BEMOS ESTE GUISO

con beneplácito de las autoridades militares y eclesiásticas

*CERTIFICAMOS que la Srta. **Africa Andó** ha obtenido por aclamación el **Primer Premio**. El Presidente **A. Ceitoso**.*

Churretillo, a despecho de todas las leyes de amistad y otras quiso «asimilarse» tan meritísima cocinera. Siguióla un día hasta los hornillos y le hizo ventajosísimas proposiciones, tan ventajosas que la cocinera se dejó tentar (en el sentido recto de la palabra) y aceptó por último seguirlo hasta su casa.

El miserable dió desde aquel día plena satisfacción a su estómago, ávido de manjares suculentos y exquisitos.

Pero un día, nefasto a fe de Churretillo, recibió la Maritornes una carta de un restaurant titulado pintorescamente «La Chuleta Fósil». En

L. Gaumont

ella hacíale proposiciones brillantísimas, terminando con esta frase irresistible «tendrá usted honorarios imposible de sobrepujar».

Y con la misma facilidad que se dejó tentar por Churretillo, dejöse tentar la Srta. Africa por la oferta generosa del Restaurant.

Pero nuestro glotón amigo, viendo inminente la pérdida de una alhaja semejante, decidió recurrir a los medios heróicos. Ofreció su nom-



El miserable dió, desde aquel día, plena satisfacción a su estómago

bre puro y honorable a la cocinera, aceptólo ésta transportada, y algunos días después el vicario les echaba la bendición...

Los dos esposos volvieron a su casa, después de la ceremonia: ella dichosa, rebotante de satisfacción; él, resplandeciente de felicidad, regodeándose ya ante la perspectiva de bellos días de deleitosos festines, exento de inquietudes y temores.

¡Cruel desengaño le aguardaba!

Su casamiento terminó la serie de platos delicados y jugosos... Los que servía en la mesa un horror de criada, esperpento desgreñado y sucio, eran infames mezcolanzas imposibles de ingerir.

Asombrado, presintiendo vagamente una catástrofe, preguntó a su esposa por la razón de tan brusco cambio.

L. Gaumont

—Esa es la nueva cocinera —respondió ella con voz melíflua.— Ahora que estoy casada es justo que descanse de los tráfaeos de la cocina.

Y Churretillo, con el alma dolorida, llevóse a la boca una cucharada de la substancia sin nombre que tenía ante sí, persuadido de que su ingestión le libraría del fardo abrumador de su vida, ya sin atractivos para él.



Esa es la nueva cocinera,— respondió ella con voz melíflua.



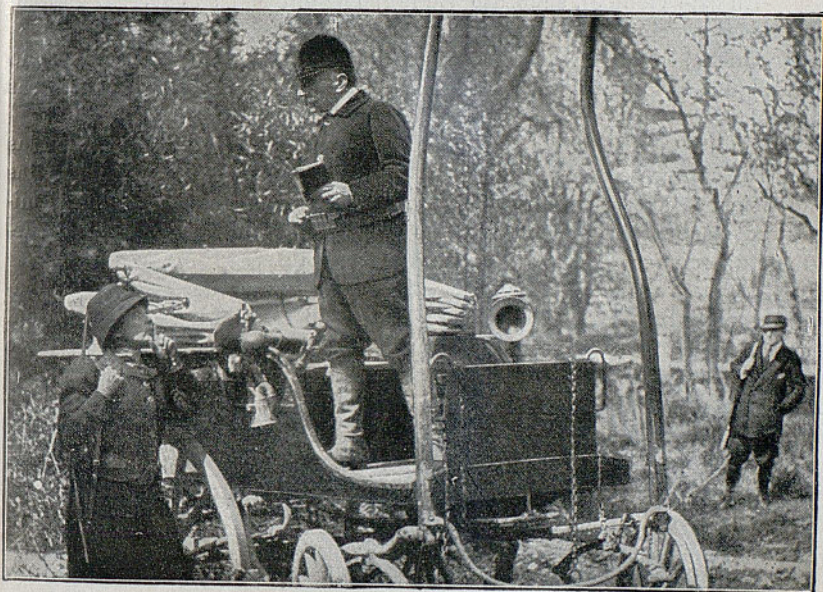


CELOS



Drama

Los esposos Ochoa, ocupados en los preparativos de su salida para el campo reciben la visita de su amigo el doctor Soto. El marido sale un momento de la estancia y esto lo aprovechan ella y el visitante para sostener animado diálogo. Al volver, los dos se callan y este detalle, que ad-



vierte Ochoa, hácele sufrir lo indecible. No es la primera vez que nota esto: desde hace algún tiempo menudean las visitas, sin objeto aparente, del médico y sus conversaciones a solas con su esposa han hecho crecer en su pecho el punzante sentimiento de los celos.

Los esposos, ya en el campo, habitan preciosa quinta de recreo. En la tranquilidad de su nuevo retiro olvida Ochoa sus antiguas zozobras. Un día, sin embargo, el apaciguado sentimiento vuelve a exacerbarse dentro

L. Gaumont

de su pecho. Ha visto a su esposa escribir una carta y darla con mucho misterio a la criada. Sigue a ésta y se la pide so pretexto de que él en persona la echará en el buzón.

La carta le quema los dedos. Como se lo figuraba, está dirigida al doctor, a ese maldito doctor Soto que le roba la tranquilidad y atormenta su pobre cerebro cansado. Quiere abrirla, mas se contiene y acaba por guardarla en la cartera, dejando su lectura para más tarde, para cuando se halle en presencia de su mujer y pueda confundirla.

Al volver de caza interpela rudamente a su mujer sobre la carta y al querer enseñarsela nota que ha extraviado la cartera que la contenía.

Ambos, cada uno por su lado, se ponen a buscarla. Es ella quien la encuentra en el fondo del tilbury en que habían afectuado la expedición: se apodera presurosa de la carta y la rasga en menudos pedazos.

En esto viene él, sudoroso. Su mujer le entrega su cartera, y al notar la desaparición de la carta, adivina lo sucedido.

Ochoa, fuera de sí, regresa precipitadamente a su casa. El insano sentimiento de los celos va henchendo su pecho, y hacele padecer torturas inenarrables.

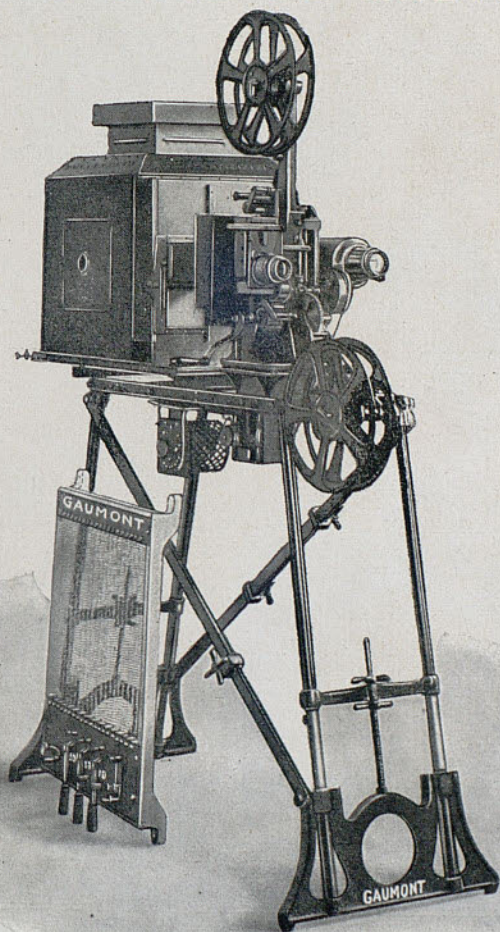
Su irritación llega al paroxismo al notar que la criada pone en las manos de su esposa una nueva carta. Pálido, deshecho, pronto a todas las violencias, se acerca a ella y le ordena imperiosamente le entregue la misiva, cuyo sobre denuncia claramente quien es su expedidor. Ella, a trueque de un esfuerzo doloroso, obedece tristemente.

Ochoa rasga febrilmente el sobre. La carta es del doctor efectivamente, pero no es carta de amor: Dícela en ella:—Mi estimada amiga. Siga dándome noticias bien precisas acerca del estado de su marido. Creo como usted que su depresión nerviosa va disminuyendo. De todos modos que no se entere de su estado y pronto saldremos de inquietudes. Suyo afmo. Dr. Soto.

La borrasca que hervía dentro de Ochoa se calma... Y estrechamente abrazado a su esposa pídele perdón por haber sospechado de ella, tan amante, tan abnegada.



Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA



para proyecciones animadas y fijas

Reducción en color
del cartel
de la preciosa comedia



UNA BORRASCA

Metraje total: 340 m. Virajes 295 m.